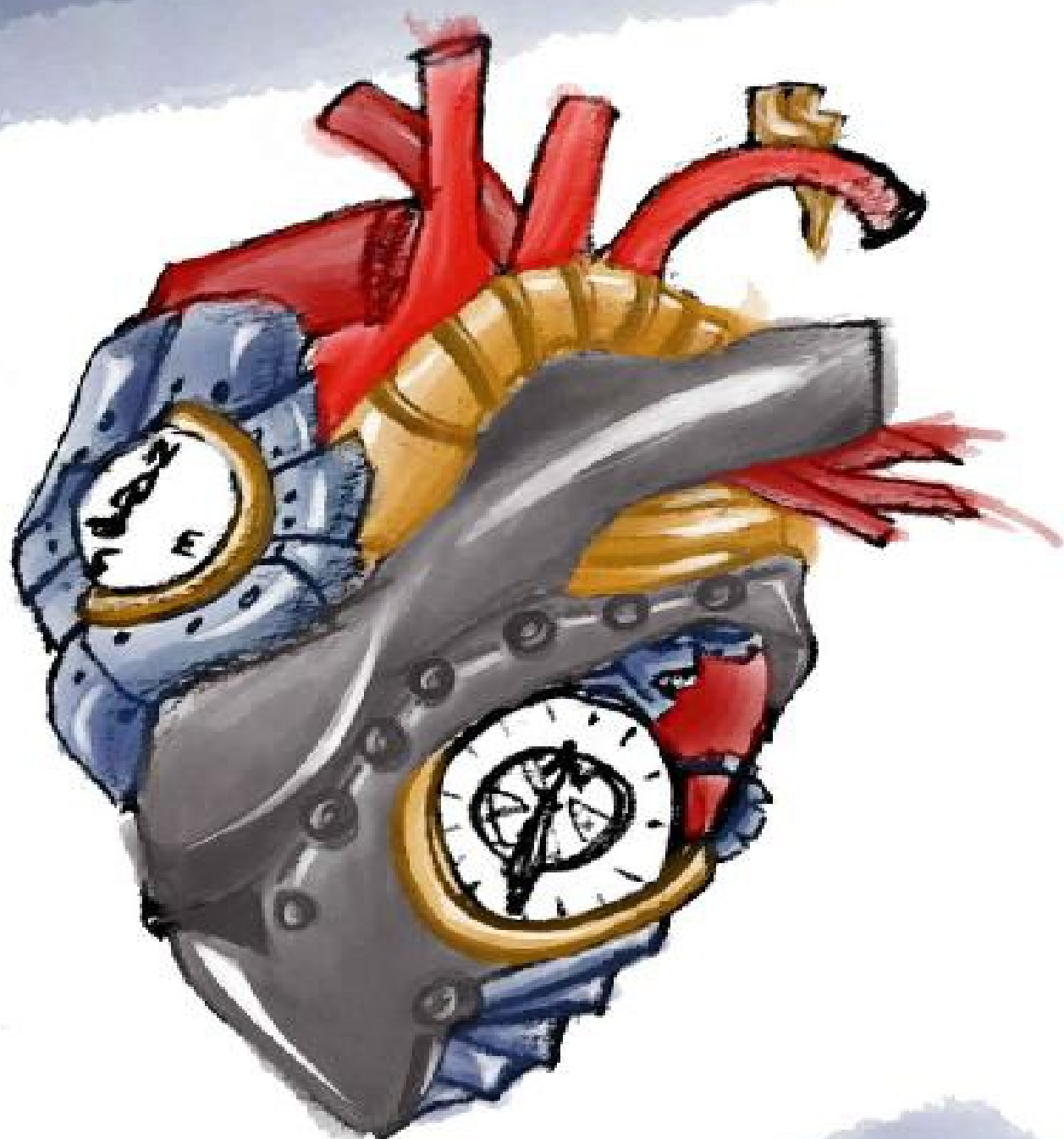


DELIRIOS

DE UN HOMBRE CUERDO



LEONARDO GRINN

DELIRIOS
DE UN HOMBRE CUERDO
LEONARDO GRINN

Primera edición: © 2019, Leonardo Urraza

Portada: Leonardo Urraza

Fotografía del autor: Leonardo Urraza.

Ilustraciones: Leonardo Urraza.

Diseño editorial: Sergio Ulloa

ISBN: 978-607-8701-01-8

Reservados todos los derechos. El contenido de este libro no podrá ser reproducido total ni parcialmente, ni almacenarse en sistemas de reproducción, ni transmitirse por medio alguno sin el permiso previo, por escrito, del autor.

DEDICADO A MÍ

Quiero olvidar lo que fui y recordar lo que soy.
Olvidar a dónde fui, pero saber a dónde voy.

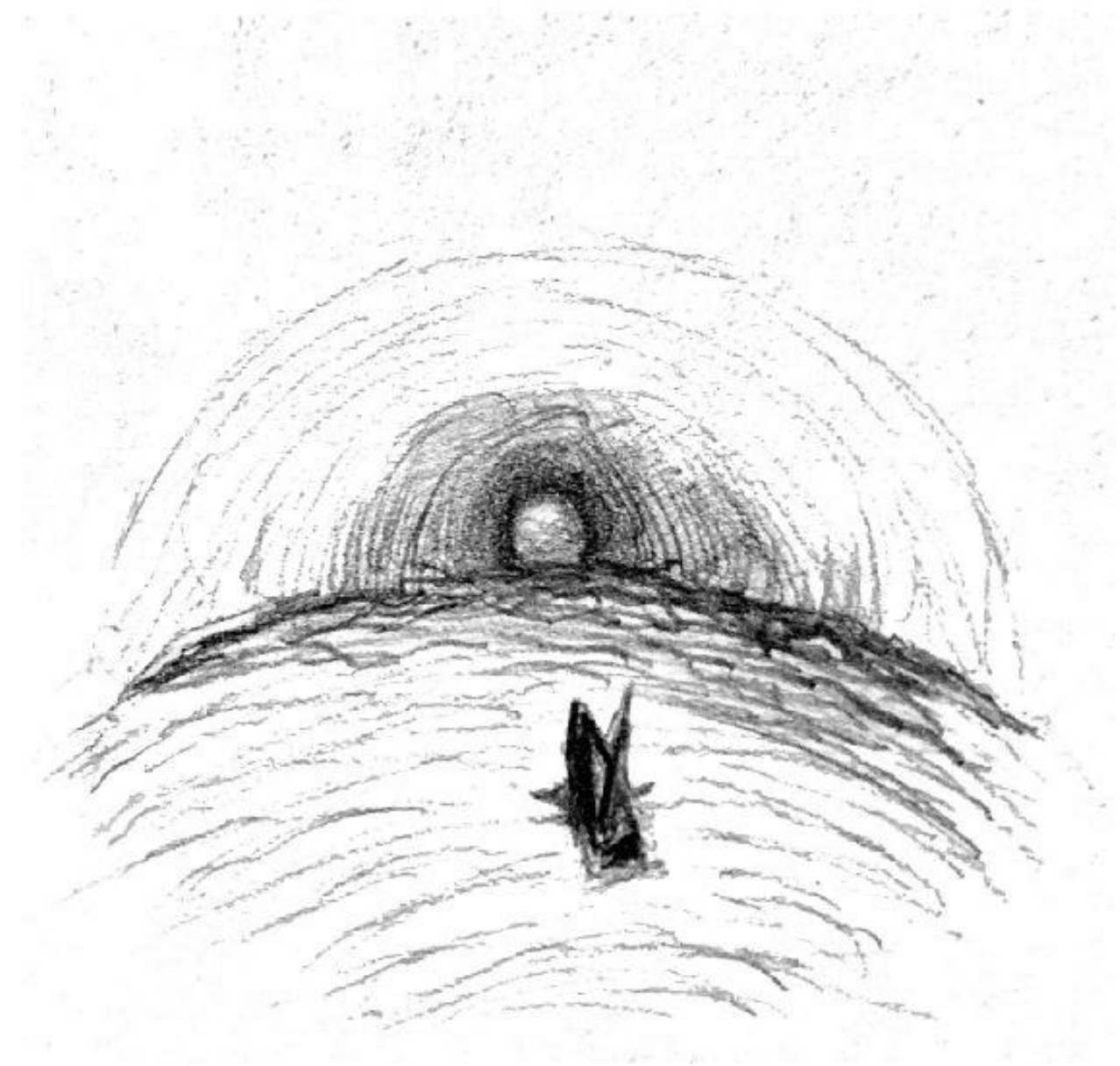
AGRADECIMIENTOS

A mi incondicional amiga Mariana Jáuregui por tenerme una infinita paciencia a la hora de corregir la ortografía de mis primeros textos. A la maestra Cecilia Magaña por recordarme mi amor por la escritura. A mi abue por siempre insistirme en que continuara escribiendo. A todos mis seres queridos, mi familia, mis muchos papas (el anciano, mi padre Pancho, el de las buenas raíces y el que me vio nacer, que terminó por convertirse en uno de mis mejores amigos). A mi mamá, que es mi super héroe y la persona que más respeto. A mis grandes amigos: Chrystian Soto, Nats Rentería, Alan Esquivel y Chavita.

Y, finalmente a ti, Rubí.

Es curioso a dónde te puede llevar una promesa. Me tomó seis años aprender a leer los tiempos de la vida.

ANEA, EL AVE DE AGUA



Miraba mi rostro difuso, reflejado sobre las olas azules de... algún sitio. Uno sin norte ni sur, donde la vista sólo me alcanzaba para ver el horizonte, mi mejor recuerdo de que ya no volvería a casa, al menos no esa noche. Estaba perdido, no sólo en el inmenso mar. Hacía tiempo que mi mente carecía de lucidez.

Dejé todo por una fantasía, un simple mito, una historia sin valor y sin origen. Mística e incierta, aun así, me llenaba de emoción la idea de algún día poder contemplarla con mis propios ojos. Aquella ave de agua, oculta en el océano. Sólo perdiéndote en las turbulentas y profundas corrientes del mar tienes la posibilidad de encontrarla. Según dicen los que no hablan, Anea es un pájaro que cambió las nubes por olas, enseñó a sus alas a nadar y a sus pulmones a respirar agua. Su espíritu encontró el hilo que une lo tangible de lo intangible. Gritó con tan desesperada expresión de vida que logró conmover al Padre creador, quién no sólo le complació su deseo dotándola de un cuerpo de agua, sino que también la convirtió en el arca de ascensión espiritual para los más grandes y desiertos maestros que tienen el honor de abordarla, quienes son llevados a la décima dimensión, ahí donde todo se origina. Tal vez esto no sea más que un cuento o delirios de un hombre cuerdo, mi fe me dice que algún día mis ojos podrán contemplarla y mi espíritu, al fin, elevarse al más allá.

Desde entonces, el sabor de agua salina permanece en mi lengua seca. Quizá sólo como recuerdo, pero ahí está. Veo a la muerte de capucha fría abrir puertas y, aunque a veces me saluda, no es por mí por quien viene, sabe que yo la espero, sabe que no estaré contento hasta ver mi cuerpo en el mar salado.

Hoy toca quedarme con los vivos, no tengo nada que decirles, no soy bueno con las despedidas. Igual, no falta mucho para que este viejo se suba a su bote y ni te molestes huesuda, que con la edad se van perdiendo los modales. Mañana que parta, lo haré sin tu bendición y sin tu permiso, lo haré volando hasta lo más profundo del océano, con Anea a mi lado.

EL CUADRO DE LA DAMA FLOR



Las hojas caídas en otoño decoran los caminos del pueblo de Ilinato, un lugar bello y místico. Todos sus habitantes entienden y gozan de la dicha de la vida. Todos, excepto yo: estoy por cumplir los cuarenta y me apena decir que he vivido sin pasión. Nunca me he enamorado y desconozco por completo la ilusión y el anhelo. Siento cómo mi corazón se marchita día a día y mi sangre poco a poco se convierte en polvo. Temo morir sin jamás poder dar este amor. El día de mi cumpleaños ha llegado, mi única compañía: la servidumbre. Lo festejo en la enorme y fría hacienda que mi padre me dejó al morir. Como cada año, la señora Ana me sirve una rebanada de pastel de vainilla bañado en miel. Quienes me observan contemplan mi vacío en silencio, el único ruido en el comedor es el del tenedor y el cuchillo al cortar el repugnante postre.

—Señor, alguien lo llama en la puerta —me informa Ana al oído.

Limpio mi boca con una servilleta y me dirijo a la entrada. Hay un hombre de color vestido de catrín, esperando. Al verme me sonrío de manera fingida, mejor dicho, macabra, y me hace entrega de un cuadro envuelto. No dice ni una sola palabra y se marcha. Cierro la puerta y rompo la envoltura para ver el regalo que me dejó el tétrico individuo. Lo observo con detenimiento. Es una bella pintura al óleo que muestra la figura de una mujer en posición fetal, vestida de blanco y con los ojos cerrados. Verlo me provoca tristeza, pero también me despierta otras emociones, parece como si la obra intentara hablarme. En fin, no hay espacio ni lugar en la casa dónde colgarlo. Le pido a Andreas, el mayordomo, que lo envuelva y lo lleve al sótano. Cuando el anciano levanta el marco, una nota escondida cae al suelo. Al recogerla leo su contenido: «El secreto está en saber amar». *Peculiar frase*, pienso y guardo el trozo de papel en mi bolsillo. Nada extraordinario ni fuera de lo habitual pasa por el resto de la tarde y la noche, como todas, es ordinaria y aburrida. Despierto muy temprano y sin hambre, decido salir a tomar aire fresco. Mientras camino, contemplo los decorados senderos del pueblo. A lo lejos, la figura de una persona cae entre los árboles. Corro apresurado para ayudarla y, al llegar, me encuentro con una bella mujer inconsciente posada sobre una cama de hojas secas. Con delicadeza, la tomo en mis brazos y regreso de prisa a la hacienda. Entro a la casa, subo las escaleras y la llevo a una habitación vacía. La recuesto con cuidado sobre la cama, le pido a Andreas que la revise y toca su frente.

—Está caliente —le coloca una toalla húmeda y me mira como preguntando.

Le explico lo ocurrido y el anciano torna su vista hacia ella.

—Sólo necesita algo de reposo —señala y luego se marcha.

Me acomodo en el sillón de la esquina. La observo con cuidado. Sé que no la conozco y por alguna razón, las delicadas facciones de su rostro me resultan sumamente familiares, es muy bella. Escucho su respiración tranquila, espero paciente y al cabo de unos minutos abre los ojos. Se levanta sin prisa de la cama y me mira en silencio. No dice ni una palabra y camina hacia a mí. Se acerca a mi rostro, tanto que mi piel se colorea de rojo. Las luces de la habitación se apagan sin aviso. La oscuridad hace complicidad con la dama. Siento un suave roce en mi labio inferior, mi cuerpo empieza a temblar. Poco a poco la timidez en los besos se va perdiendo. Se sienta sobre mis muslos. Comienzo a explorar su boca con mi lengua. Nuestra respiración se agita. Mis manos traviesas se meten dentro de su vestido y le recorren con delicadeza el cuerpo. Tomo sus pechos suaves y redondos. Cedo ante la tentación y los aprieto con fuerza, la hago gritar, la alzo y la tumbo sobre la cama. Sujeta mis brazos y me permite entrar en ella. Mi cuerpo se aferra con fervor al suyo. Ella gime, rasguña mi espalda y suspira hasta quedarse sin aliento. La abrazo y recuesta su cabeza sobre mi pecho. La contemplo en silencio y saboreo el momento hasta

quedarme dormido. Cuando despierto, me mira y siento cómo sus enormes ojos verdes penetran en mi ser, exponiendo sin cuidado todos mis secretos.

—¿Tienes hambre? —le pregunto.

Me contesta con un beso y se levanta de la cama. Nos dirigimos a la cocina, donde la señora Ana ya tiene listo el desayuno. Ella hace caso omiso a la comida. Toma dos manzanas, me mira de manera coqueta y sale de la casa. La sigo entre los árboles, hasta que para frente a uno. Muerde el fruto rojo y luego me lo da. También le doy un bocado. La miro y la invito a sentarse bajo la sombra. Comienzo a hablarle. Ella permanece en un silencio absoluto. Le hago preguntas, ninguna palabra sale de su boca. Todo lo responde con gestos y miradas que no logro comprender. Por más que intento hacerla hablar, su voz se mantiene ausente. Pienso entonces que desea conocerme y le cuento de mí. No pasan ni dos minutos y en un gesto brusco se levanta. Camina hasta llegar a la orilla de un río. Me paro frente a ella, me siento confundido. Su rostro se torna pálido. Dos lágrimas caen de sus ojos mientras me mira. No dice nada, me da la espalda y se marcha. Perplejo y con dolor, le pido en un grito desesperado que se quede, pero me ignora y continúa su camino. Triste y desconsolado vuelvo a la hacienda y no hablo más.

Han pasado varios días, aún permanezco en silencio. Andreas y la señora Ana constantemente intentan alegrarme, fracasan y su preocupación por mí aumenta. Salgo cada mañana a buscarla, no la encuentro. Le escribo cartas que terminan por convertirse en cenizas. Sus restos perecen en la chimenea con la certeza de que jamás serán leídas por la persona para las que fueron hechas. Siento una inmensa desdicha que empieza a hacerse presente en mi cuerpo: he perdido peso y mi salud se deteriora. Veo mi desaliñada e inerte figura reflejarse en el espejo. Me enferma hacerlo y termino por romper el cristal con mis puños. Observo el sangrar de mis nudillos y pienso que es una ilusión pues no me siento vivo. Pasan las semanas y la ira se acumula hasta que al final se apodera de mí. Vuelvo rutina la visita a la cantina. Noche tras noche, me embriago hasta perder la consciencia. Hoy, parece ser que al cantinero se le agoto la paciencia, mi cuerpo es arrojado fuera del establecimiento por sus clientes, también hartos de mi comportamiento. Me levanto del suelo y me sacudo el polvo. Ebrio y tambaleando, camino sin equilibrio por la calle vacía. Paro en un poste para vomitar y, cuando logro recuperar un poco la compostura, veo a unos metros al mismo sujeto que me hizo entrega del cuadro. Viste un smoking blanco y se burla de mí.

—¡Qué decepción! —dice—. De verdad tenía fe en ti.

Lo señalo con el dedo y lo culpo de mi desgracia. Su figura bailando se acerca a mí, me propone un trato.

—Pon mucha atención, sólo lo diré una vez — expresa con una voz irónica—. Vas a echarle un vistazo al pasado, uno bien cuidado; y mañana por la noche, haré que ella toque a tu puerta. Si tienes éxito en su encuentro, tendrás tu anhelo más grande cumplido, bajarás al sótano para contemplar la pintura que te he obsequiado y sabrás que tus penas han terminado. De lo contrario, vivirás en soledad hasta la vejez, verás a tu espíritu quebrarse con el tiempo. Terminarás vacío e irreconocible de quien alguna vez fuiste y, a gritos desesperados, le pedirás a la muerte que venga y te lleve. No lo hará y al final serás tú mismo quien termine con la miseria a la que llamaste vida. ¿Aceptas?

Asiento con la cabeza y la figura del hombre se desvanece. Como puedo, dejo caer mi cuerpo en el tronco del primer árbol que encuentro y ahí permanezco.

Despierto con resaca y tierra en mi boca seca. Me duele terrible la cabeza. Recuerdo breves lapsos de la noche anterior, a excepción de mi encuentro con el macabro individuo. No distingo si fue real o una alucinación provocada por el alcohol, pero la posibilidad de volver a verla es más que suficiente para convencerme.

Vuelvo a casa donde, decepcionada, la señora Ana ya me tiene preparado el desayuno. Tomo un largo baño y, una vez aseado, coloco una silla frente a la puerta de entrada. Permanezco inmóvil y pensativo hasta que anochece. No hay ningún ruido a mi alrededor, ni siquiera el canto de los grillos está presente. Pasan las horas y mi desilusión crece. Finalmente, me levanto de la silla cuando mi cuerpo adolorido por la constante posición del día no puede más. Siento un terrible dolor en el pecho. Aprieto los puños y varias lagrimas caen al suelo. Al parecer, todo ha sido un sueño. Mi esperanza se desvanece y me propongo subir a mi habitación. Un par de toquidos comienzan a sonar de la puerta de entrada. Me doy la vuelta y acerco mi mano temblorosa a la perilla. Sé lo que encontraré al girarla. Es ella, quien, sin expresión, me mira. Yo no digo nada, no creo ser capaz de encontrar las palabras acertadas. Una vez más me da la espalda. Me invade un enorme temor, esta vez es definitivo, busco la manera de hacerle saber que quiero pasar el resto de mi vida a su lado. La tomo del brazo y la abrazo con fuerza. Ella respira profundo y escucha atenta el latir de mi pecho. Permanecemos quietos, el tiempo se convierte en cómplice del momento. Me besa lento y se acerca a mi oído. En un susurro me lo dice:

—Lo has descubierto.

Entra a la casa, la tomo de la mano y nos dirigimos al sótano, donde destapo el cuadro. Me quedo más que tranquilo con el radical cambio que ha sufrido la pintura.

De ser la representación de una mujer en otoño, con los pétalos cerrados, ahora ha abierto su corazón y soy yo quien la acompaña en la captura del más puro y sincero amor.

EL BOSQUE DE LAS CUATRO ESTACIONES



«En un mundo de cobardes, el amor se vuelve un sentimiento falso»
—Vincent

Sentí su mirada cálida en una noche fría y de estrellas apagadas. El sol nocturno iluminaba su piel de grafito. Irreal, muerta, de venas secas y, aun así, más viva que cualquier mujer que haya visto. Mi corazón viejo peleaba con un débil palpitar y mi mano se detuvo. Comprendió que sería una pena para ambos terminar aquel boceto. Cada trazo la acercaba a la perfección y la alejaba de mí.

Miré por el ventanal y esperé al amanecer. Tenía perdido en Ilinato cerca de un año. A los residentes les parece normal recibir el día con un bosque de tres estaciones; para mí, el tiempo no afectó mi fascinación al ver la luz del sol revelar el verde, amarillo y naranja de la montaña arbolada.

Pero esa mañana no la disfruté como todas las demás. Me sentía sucio y egoísta por mi decisión *¿Qué clase de hombre soy si dejo incompleta a la mujer boceto? Todo por mantenerla mía.* Sujeté el lapicero y de vez en cuando acercaba la punta al papel, lo suficiente para tener mi tentación a raya, hasta que la piedra caliza del cielo anunció con su brillo nuevamente la llegada de la noche y, al recostarme en la cama, ella misma me lo preguntó:

—Vincent, ¿por qué quieres dejarme incompleta?

No era posible...

—¡Vincent! Levántate de esa cama y términame.

—No, no lo voy a hacer —Le respondí, creyendo que era mi consciencia la que hablaba y no la mujer boceto. Era un forastero en Ilinato; para mí, las cosas de la magia y la fantasía sólo existían en los libros.

—¡Pero, Vincent! —continuó—, necesito que detalles mis piernas para poder correr, y los dedos de mis manos para poder sentir el pasto. Quiero que me lleves ahí, al bosque de las cuatro estaciones.

—Tres, querida, son tres.

—No, Vincent, son cuatro —me corrigió muy tranquila y segura.

—Tres, querida.

—¡Cuatro!

—¡Pero tú qué sabes, si eres un boceto!

Miré al techo. *¿De verdad estoy debatiendo con un dibujo?*

—¿Cómo que qué sé yo, Vincent? ¿No pasaste tres horas detallando mis párpados y pestañas?

—Sí...

—¿No cuidaste con pulso de cirujano el brillo de mis pupilas?

—¡Sí, sí! Lo hice.

—¿Entonces cómo dudas de mis ojos, si trabajaste tanto en ellos? —argumentó con mucha lógica.

—Bueno, está bien —dije resignado.

—Está bien, ¿qué, Vincent?

—Te voy a terminar, querida.

Me senté en el escritorio y froté mis manos para volver a calentarlas. Ella me miró y me di cuenta de que sus venas de papel emanaban tanta vida como la de cualquier otra muchacha, con un peculiar anhelo de curiosidad.

—¡Gracias, Vincent, gracias!

Empecé a trazar finamente el muslo de la pierna derecha. Me tomé mi tiempo porque sabía que pronto todo acabaría.

—Tengo una condición, querida —le comenté mientras agregaba un lunar cerca del vientre.

—Claro, Vincent. Pídeme lo que quieras —contuvo su emoción.

—Que te quedes.

—¿Qué me quede?

Detuve mi trazo.

—Sí, que te quedes aquí, mi niña. No quiero que, en cuanto te termine, te pierdas en cualquier rama. Aún no sabes muchas cosas de este mundo y...

—¿Cómo piensas que te voy a dejar, Vincent? Eres mi viejito y me has hecho con tanto cariño. Lo menos que puedo hacer es quedarme a tu lado y cuidarte.

Encontré color en el tono carbón de sus labios. Sentí dulces y honestas sus palabras. Pegué como imán la punta con la hoja. La deslicé ágil, precisa y sentí cómo cada poro del papel llenaba de realidad el cuerpo de Cira. Me pareció un nombre apropiado para alguien como ella, que buscaba llenar de sangre sus venas de papel.

La terminé, me agradeció una vez más y la hoja empezó a consumirse hasta quedar hecha cenizas.

Cuando desperté, sólo pensé en ella. Era consciente de que no había sido un sueño ni una alucinación. Entonces, ¿cuál había sido el final de Cira?

—¿Murió mi niña sin haber conocido el bosque de las tres estaciones?

—¡Qué son cuatro, Vincent!

Me dolió el pecho del susto, mi corazón ya no estaba acostumbrado a latir así. Ni de miedo, ni de emoción.

—¡Cira! mira nada más, mi niña. ¿Cómo andas así? Te vas a resfriar —la cubrí con una manta—. Después de desayunar iremos al pueblo a buscarte algo de ropa.

—¿Desayunar?

—Sí, sí. Ahora que tienes un cuerpo, debes alimentarlo y cuidarlo, mi niña. Es algo latoso, te acostumbrarás... acompáñame a la cocina.

—No, Vincent —se rehusó—. Dije que yo te cuidaría a ti, ¿cómo se hace un desayuno?

—Pues —reí—... primero hay que ir a la cocina para poder prepararlo.

Fijó su mirada en la mía y noté un verde intenso en sus ojos.

—Entonces, sí te acompaño, Vincent —sonrió cálidamente—, pero yo lo voy a preparar todo.

Asentí y, estando ahí, le indiqué que picara unas manzanas y batiera cuatro huevos para hacer omelettes. Cabe mencionar que se cortó un dedo y encontré cáscaras en mi desayuno que de igual manera comí agradecido. La última vez que alguien me había preparado uno había sido mi nieto, dieciséis años atrás.

—Bueno, mi niña, ponte esta ropa —le pase una playera y un pantalón que le quedaron muy holgados—. trae esas dos pinturas de la esquina, que ya están terminadas, y vamos a la tienda.

Al llegar, como de costumbre, Marco estaba muy concentrado vistiendo maniqués e ignorando por completo a todos los clientes del lugar. Si no fuera porque la gente de aquí es tan honesta, el viejo bigotón habría caído en la ruina. Bueno, aunque... en Ilinato no existe el dinero, es un pueblo extraño que todavía se maneja con trueques y favores.

—Marco, Marco, Marco... ¡Marco!

—Polo, Polo. ¡Vicent, ¿qué pasa?! ¿por qué estas tan agitado? —terminó de abotonar una camisa—. Y ella ¿quién es?—me preguntó al notar a mi inusual acompañante—. ¿Es tu nieta?

—Ah... no. Es mi hija, Cira.

—¿Cira, la conquistadora Persa? Qué nombre tan fuerte para una joven tan delicada y bella. ¿Seguro que es tuya, Vincent? —me miró de reojo el viejo insolente.

No le hice mucho caso.

—Marco, te traje estas pinturas. ¿Crees que sean suficientes para un bonito vestido para mi niña? Perdió su maleta en el camino.

—Como todos al llegar... no te preocupes, Vincent. Son suficientes e innecesarias. Ya conoces las reglas del pueblo: a todo visitante un abrazo y un obsequio —la abrazó sin pensárselo dos veces y de la mano se la llevó entre maniqués—. Éste es perfecto para ti, Cira —le entregó un vestido de franela liso y amarillo. Pasa al vestidor, Cira, tu padre y yo aquí te esperamos.

Ella me miró y yo asentí.

—Marco, te agradezco el obsequio para mi niña, pero... igual quiero que conserves las pinturas. Estorban en la casa.

—Está bien, Vincent, si insistes tanto, las acepto —tomó la más grande y la observó cuidadosamente—. Pero, ¿qué es esto?

—El bosque de las tres estaciones —contesté.

—¡Qué son cuatro, Vincent! —desde el vestidor viajó la voz de Cira y se unió a la de Marco para corregirme.

—Pero, ¿qué pasa, Vincent? Tu hija no tiene ni una semana y ya sabe más del pueblo que tú.

—Sí, bueno... se podría decir que nació aquí.

—¿Y su madre?

—¿Madre? —replicó ella al salir, ya vestida.

—Es un tema delicado, Marco... no nos gusta hablar de ello.

—Sabía que te quedaría perfecto —ni me prestó atención el viejo—. Acércate, por favor, Cira —sujetó su cabello castaño para formar un chongo—. Mmm, no... se te ve mejor suelto. Me gusta la forma de sus ondas. Rebeldes, pero con armonía. ¿No crees, Vincent?

—Eh... sí. Mi niña, es hora de irnos. Agradécele a Marco.

Se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias, señor Marco.

El viejo se puso todo rojo.

—No, ¡esperen! —fue rápido a la bodega y regresó con una caja— también llévate este verde. Dos pinturas, dos vestidos. Es lo justo.

—Ahh...

—Sin rezongar, Vincent —me señaló con el dedo.

—Está bien. Gracias, Marco.

—Sí, ¡muchas gracias, señor Marco! —Cira le sonrió cálidamente, de la misma manera que a mí antes de prepararme el desayuno.

Nos despedimos y ella me pidió que le enseñara el pueblo, el cuerpo no tardó en traicionarme. A unas cuadras de la tienda, mis piernas rechinaban como puerta vieja y la suela en mis zapatos parecía estar pegada al concreto de lo mucho que me pesaba caminar. Le pedí a mi niña parar en el restaurante de Doña Luisa con la excusa de que estaba por llover y que, además, desde el ventanal del establecimiento podría admirar una de las mejores vistas. Por la parte derecha, se puede apreciar gran parte del pueblo de Ilinato: sus adoquinados caminos, la plaza y el

monumento al *Viajero de Tropanto*. Y, por la izquierda, el denso bosque de las «cuatro» estaciones, que rodea la localidad.

—¡Vincent, Vincent! Hasta que por fin me honras con tu visita —escuché la voz robusta de Doña Luisa, que me vio como águila desde la barra y salió enseguida a abrazarme—. Desde hace dos semanas tengo un banquete reservado para ti. ¡Los cuadros que me mandaste con Thomas son hermosos! —señaló la esquina—. ¡Mira! El del pájaro místico, es mi favorito, lo puse ahí.

—Es un quetzal...

—Y los otros dos, se los di a Genaro para el hotel —continuó sin prestarme atención— ¡Oye! ¿Quién es está joven?

—Eh... es mi hija, Cira.

Doña Luisa se acercó y tomó con sus grandes manos los delicados hombros de mi niña.

—Cira, ¡pero qué bonita estas! —suspiró— lastima que mi Thomas es muy joven para ti.

—¿Para mí? —replicó confundida.

—¡Ella no anda pensando esas cosas, Luisa!

La mujer se soltó riendo y miró a mi niña.

—Tienes un papá muy protector, Cira... y algo rejego. Debe ser por la edad.

—Sí, es mi viejito —mencionó después de reír con complicidad.

—Todos en el pueblo le tenemos mucho aprecio —señaló la anciana—. Llevábamos muchos años en Ilinato sin un pintor ¡y vaya que tu padre es talentoso!

Sentí las miradas cálidas y asfixiantes de las dos.

—Bueno... ¿nos vas a servir ese banquete o no?

Soltó otra carcajada.

—Claro que sí, Vincent.

—Gracias. Queremos una mesa en el ventanal.

Doña Luisa se llevó la mano a la frente.

—No podría ser de otra manera, mi general.

A media comida empezó una fuerte tormenta y todos los presentes se levantaron de prisa para ver la lluvia a través del cristal. Mi niña permaneció sentada.

—Es hermoso —expresó hipnotizada—. Los colores se vuelven más intensos cuando se mojan. ¡Mira la hojas, Vincent! Ahora son más verdes.

Sólo le sonreí y se percató de que los demás miraban las gotas de lluvia caer con la misma magia.

—Todos observan —dijo en un largo suspiro.

—Así es, mi niña. La mayoría sólo son contempladores —pegué mi mano a la ventana y me sumé a la audiencia.

—¿Contempladores?

Asentí.

—Sólo se limitan a contemplar la lluvia, no se atreven a salir y empaparse. Dejar el rol de observador y pasar a formar parte de la belleza.

—¡Oh! Entiendo, Vincent.

Se levantó de la mesa enseguida y al minuto siguiente la vi bailando y riendo bajo la tormenta. Era armonía pura, contemplar la cálida belleza de mi niña mientras danzaba y era acariciada por los pequeños dedos de agua.

Regresó toda empapada, con una enorme sonrisa y los ojos color amarillo sol. Doña Luisa la cubrió rápidamente con una toalla y le llevó un chocolate caliente. Pasamos el resto de la tarde

contemplando la lluvia y, cuando ésta cesó, volvimos a casa.

—Vincent.

—¿Qué pasa, mi niña?

—¿Recuerdas el columpio en el árbol?

—Sí —reí—. Era imposible sacarte de ahí.

—¿Podemos ir mañana? Prometiste que me llevarías a ver el bosque de las...

—CUATRO estaciones... está bien, pero ya vete a dormir a tu recámara. Necesito descansar.

—Buenas noches, Vincent.

—Buenas noches, mi niña.

Amaneció y vi dos soles naranjas ansiosos por verme despertar.

—¡Vincent, ya levántate! Entre más pronto desayunemos, más pronto podemos irnos al bosque.

—Niña, ¿por qué tanta emoción por ese bosque?

—¿Cómo que por qué, Vincent? No finjas... ¡también te mueres por ir! —me destapó y acercó mis pantuflas—. Cada que lo ves desde el ventanal, asombrado, piensas: *¿He acertado en el tono de ocre?* —dijo simulando mi voz y me ayudó a levantarme.

—Está bien, mi niña, está bien... un poco de avena y fruta y nos vamos —sentí un doloroso tirón en mi espalda—. Iremos despacio.

Se acercó y me dio un pequeño masaje con su codo.

—Mi viejito, no importa si nos toma toda la mañana, tendremos la tarde para ver de cerca el ocre de las hojas.

Dicho y hecho, nos tomó la primera parte del día para llegar hasta el columpio de mi niña.

—Vincent, tú me columpiabas de pequeña —me ayudó a sentarme en el aparatejo—. Ahora me toca a mí darte vuelito.

—Pero si ya no soy un niño —reí.

—Eso no evitara que sientas cosquillas en la panza, mi viejito.

Empezó a empujarme y poco a poco fui agarrando velocidad.

—¡Vincent!

—¿Qué pasa, mi niña?

—¿Lo recuerdas? —me columpiaba con más fuerza—. Prometiste que la próxima vez que regresaremos aquí. Me lo dirías.

Reí, lloré y sí... sentí mariposas en el estómago.

—Sí, sí lo recuerdo, mi niña.

—¿Por fin me dirás qué es el amor? —me preguntó llena de alegría.

—Sí, ¡empuja más fuerte!

Sentí la fuerte brisa rozando mi cara. Me elevé tanto que casi podía tocar las hojas, y no... no me había equivocado en el color ocre.

—¡Vincent! —dijo insistente.

—¿Cuál es la prisa?

—¡Por favor!

—Está bien... Siéntate, cierra los ojos y escucha —miré de reojo—. ¿Ya estás escuchando?

—¡Sí!

—¿Y por qué no estás tocando el pasto con tus manos?

—Vincent...

—Está bien, está bien —mi corazón se aceleró mientras el columpio perdía vuelo—. Mi niña, eres una parte de mí que no me pertenece. El amor, es eso... aceptar que una parte de ti existe en alguien más, pero no te sientes ni triste ni incompleto —el aire comenzó a faltarme, sabía que no me quedaban muchas palabras para decirle—. Cira, no abras los ojos.

Negó en silencio.

—No te hace vulnerable ceder esa parte de ti —tosí con mi cuerpo casi seco—. Además, es raro. Sentirte fascinado y comprendido a la vez... ¿Cira?

—¿Papá? —su cabello se oscureció, dos cristales cayeron de su rostro y se aferró a su mirada ciega.

—Tenías razón —reí—. Sí, son cuatro estaciones.

El columpio se detuvo y Vincent desapareció. El viento susurró su silencio a su niña, que permaneció sentada, vulnerable. Una mujer de venas secas, ansiosa por llenar con sangre su cuerpo de papel. Bajo la guardia del bosque de las cuatro estaciones, ella se entregó a la caída y nunca más sus pies tocaron el suelo.

Al menos no el de Ilinato.

EL PUENTE DE KHINEA



*«Sin importar las circunstancias,
dos personas destinadas a quererse
siempre se encuentran»*

Día 1

La noche llegó sin aviso, la niebla me cubrió con su manto y la luna era rosa, sí, rosa y completamente redonda. Jamás me había atrevido a estar ahí, es un lugar de respeto, un lugar de cuidado. El Puente de Khinea, entre sus piedras y enredaderas, se huele el tiempo, se percibe...

—La noche.

Escuché una voz y me asusté. Se paró junto a mí, llevaba un chal negro como su cabello y un vestido blanco rasgado de los bordes. De piel pálida y belleza delicada, quedé cautivado al instante.

—Perdón, te asusté —puso la mano sobre su boca para ocultar una risa, seguramente me sonrojé.

Mi abuelo siempre me prohibió acercarme a este sitio, me contaba leyendas de fantasmas y demonios, de dioses y seres fantásticos. Venía preparado para todo... menos para enamorarme.

—¿Tú también viniste a ver el infinito? —me preguntó al tiempo que se sentaba a la orilla del puente.

No le dije nada, no supe qué responder sólo me senté junto a ella. Mirar al fondo me ponía nervioso, pero me tranquilizaba. Era negro con destellos azul violeta. ¡Azul violeta! De ése color eran sus ojos.

—¿No hablas mucho, verdad? Al menos no con palabras, porque tu pecho hace mucho ruido.

Cerró los ojos y sonrió tiernamente. Y sí, mi corazón estaba como loco.

—Lo siento —fue lo único que se me ocurrió decir.

Ella dirigió su vista al cielo, muy atenta y sin dejar de hacerlo, me preguntó mi nombre.

—Mauricio.

—Mmmm... Mauricio es un nombre muy largo. Te diré Mau.

—¿Mau? ¿Como gato?

Reí y ella también.

—Me gustan los gatos —dijo—, aunque hace mucho no veo uno.

Me miró a los ojos.

—Pues... tienes suerte.

Saqué de mi bolsillo un pequeño boceto del gato de mi abuelo y se lo di.

—¡Qué bonito! ¡Dibujas muy bien! ¿Crees que algún día puedas dibujarme?

—Sí, cuando quieras...

—Mañana, mañana ven otra vez por la noche, ¿sí?

—Está... bien.

—Gracias, Mau —me abrazó, luego se apartó y extendió su mano con el boceto.

—No, te lo regalo.

—¿De veras?!

—Sí, tengo muchos —sonreí.

—Muchas gracias, Mau.

—No es nada —me levanté—. Nos vemos mañana.

—Sí, ¡adiós!

Le di la espalda y sentí que algo se me escapaba, giré de prisa.

—Oye, olvidé preguntarte tu nom...

Se había desvanecido con la niebla.

Día 2

Se me hizo tarde, me había quedado en el estudio pintándola de memoria. Salí corriendo con mi libreta y un lápiz. Al llegar al puente, me estaba esperando.

—Veo que estuviste calentando —dijo después de verme de reojo.

No me di cuenta hasta entonces que tenía manchas de pintura en mis dedos.

—Por cierto, es Aurora. Ayer olvidaste preguntarme. ¿No eres muy bueno con las chicas, verdad? —entrecerró los ojos.

Au ro ra, deletreé su nombre en mi mente.

—No es... no es eso —le contesté nervioso.

—Entonces, ¿qué es, Mau?

Preguntó insistente y se me acercó demasiado.

—Es sólo que me emocionó mucho conocerte —respondí rápido y sin respirar.

Se apartó y su blanca piel se fue coloreando de rojo, mas no paró de mirarme.

—¿Emmmpezamos?

—Ahhhh, ¡sí! —tomó aire—. ¿Qué tengo que hacer?

—Sólo ponte en una posición cómoda y quédate quieta. Trata de moverte lo menos posible.

Caminó hacia la entrada del bosque y se sentó bajo las ramas de un sauce llorón. Luciérnagas azules la empezaron a rodear. Llevaba el cabello recogido con un listón morado igual que la enorme orquídea que estaba junto a su fleco.

—¿Así estoy bien? —preguntó.

—Sí —respondí y acomode la libreta—, así estás perfecta.

Las manos me temblaban. Sus enormes ojos azul violeta se adentraban sin cuidado en mi alma. Los trazos eran fluidos y ágiles. Quería tomarme mi tiempo, quería seguir sintiendo su mirada, no dejar de contemplarla. Quería quedarme ahí y que el momento no acabara.

—Terminé —una tristeza me invadió, había sido demasiado rápido.

Se levantó de prisa y miró el dibujo sorprendida. Estaba por darme un beso en la mejilla, pero se alejó.

—¡Está hermoso! Mau... Ven mañana, temprano, ¡quiero darte una sorpresa!

Arranqué la hoja para entregársela, justo cuando nuestras manos se iban a tocar, ella apartó la suya bruscamente y recogió el dibujo del suelo.

—Lo siento —sonríó—. Nos vemos mañana.

Se marchó antes de que pudiera responderle. Quise decirle que no podía, supongo que no me dio esa opción.

Día 3

Mi abuelo se había molestado por no quedarme a imprimir lienzos con él en el estudio. Llegué antes que ella y me senté a la orilla. De día, el vacío no era tan intimidante, se veía el reflejo del cielo. Parecía un simple puente y no aquel aterrador sitio del que mi abuelo tanto me advertía.

—¡Mau! —me gritaba desde el bosque y con una canasta de mimbre en las manos. Se detuvo a un metro de distancia y la abrió, en ella había manzanas cortadas y otros frutos muy raros. Uno era color amielado y tenía forma de pera, pero no era una pera. También había una pequeña jarra de

barro que llevaba por tapa un vasito. Sirvió un poco de todo en un plato, lo puso junto a mí y luego se sentó.

— Come —dijo amablemente.

—¿Y tú?

—Yo estoy bien, esta merienda es para ti. Por lo de ayer —respondió en tono dulce.

Empecé a picotear con algo de desconfianza, no conocía estas frutas, no sabía si era alérgico a alguna y la bebida tenía un color turquesa muy extraño.

—Anda, no te va a pasar nada —insistió—. Todo está muy rico, me pasé la mañana recolectando.

Había algo en su sonrisa que me calmaba. Después de escucharla, le di una mordida a esa cosa que parecía una pera. Es la comida más deliciosa que he probado.

—¡Qué bueno que te gustó! —comentaba mientras yo devoraba todo.

Paré un momento para verla, noté sudor en su frente, lucía cansada.

—¿Estás bien?

—Sí, tú come —contestó de inmediato.

Intentó levantarse, su cuerpo flaqueó. Solté todo para ir ayudarla, me paró en seco, repitiéndome que estaba bien. Luego volvió a levantarse, pero esta vez lo hizo muy despacio y con mucho esfuerzo.

—Mau —jadeaba—, promete que vendrás mañana a verme, ¡prométemelo! —dijo alterada.

—Sí, sí te lo prometo. Pero dime qué tienes, Aurora.

—Nada —sonrió para calmarme, se veía muy débil—. Nos vemos mañana por la noche.

Se dio la vuelta y caminó hacia el bosque. Yo me quedé parado e inmóvil por un buen rato, preocupado y asustado porque algo le estuviera pasando a mi Aurora. Verla así me destrozó.

Día 4

Llegué y ya me estaba esperando; ahí, parada a la orilla del puente con la vista puesta al infinito. Al igual que aquella noche que nos conocimos, la luna estaba rosa y completamente redonda. Giró el rostro hacia mí. Sonreía y sus ojos estaban húmedos.

—Mau— sonó casi como un suspiro —, qué bueno que viniste.

—Sí, te lo prometí.

Me acerqué y ella dio un paso atrás.

—Mau... necesito que me hagas otra promesa —mantenía la sonrisa, en su mirada veía dolor.

—Lo que sea —dijo mi corazón.

—Prométeme que cuando ya no esté, no te vas a poner triste.

El agua se le acumulaba en los ojos. Y sentí, fuerte, cómo algo en mí se rompía.

—¿Por qué ya no quieres verme? —pregunté a pesar de tener la garganta amarrada.

—¡No, Mau, no es eso! —afligida, se me acercó y sus brazos hicieron un movimiento como si fuera a abrazarme, pero ella los paró en seco—. Lo siento —rompió en lágrimas y me dio la espalda.

—¡Aurora! —grité e intenté sujetarla del hombro, mi mano atravesó su cuerpo, su figura comenzaba a perder nitidez.

—Tengo que irme, Mau —lloraba—. Es la luna rosa la que me trajo y ahora es la que me lleva.

El astro iba perdiendo su color.

—No podemos estar juntos —se limpiaba los ojos con las manos, las lágrimas seguían saliendo—. Yo estoy muerta y tú, ¡tú estás vivo!

—¿Me quieres? —le pregunté, también roto en llanto.

—Sí, Mau, te quiero, te quiero tanto...

—Con eso me basta, Aurora —la interrumpí—. Mi dulce Aurora. Ya no quiero que llores —le decía mientras me acercaba a la orilla del puente—. Con cada lágrima que cae de tus ojos siento una aguda puñalada en mi pecho. ¡Por favor para!

Extendí los brazos y miré al infinito. Ella corrió para detenerme, nada iba a hacerlo. Si la muerte era el único impedimento, no iba a evitarla.

Ese día, terminó mi vida y comenzó nuestra historia.

LA CASA DE LOS CUADROS PINTADOS



«La cura de todos los miedos yace en la locura.
Sí, ahora le llamamos locura al amor»

—Son días de locos, días de pájaros sin alas —repetía las mismas palabras Damián cada enero.

Era un viejo delirante y a la vez muy cuerdo, que perdía vitalidad conforme se llenaba la cabeza de creaciones. Yo lo he acompañado por casi cuarenta años y hoy, mientras limpiaba el estudio, me percaté que las hojas de su escritorio habían tomado el color de amarillo tiempo. Ya no tiene mucho qué contarle al mundo y el mundo está listo para decirle adiós.

—¿Alguna noticia de él, Fausto?

—No, señor.

Siete años me ha preguntado lo mismo y siete años le he dado la misma respuesta. Me quiebra el aliento de esperanza que hay en su voz cada vez que lo hace, aunque también entiendo por qué su hijo Noa decidió no volver a verlo. Es mejor así. He perdido la cuenta del tiempo que Damián lleva postrado en cama.

—Bueno... entonces, ¿hablaste con el notario?

—Sí, señor. Le pareció poco usual pero, al tratarse de usted, omitió las preguntas e hizo los arreglos.

—¿No vas a decir nada, Fausto? —me preguntó al percatarse de mi incomodidad. No era tanto la decisión lo que me tenía molesto, sino el desenlace con el que Damián planeaba terminar su vida.

—Lo que espera me parece irreal, señor.

—Hasta los muertos tenemos caprichos con Dios, Fausto.

Soltó una risa seca y me pidió que lo dejara dormir. Sé que no lo hizo. Su mente tiene demasiados remordimientos para descansar en paz. Esta mañana que fui a verlo lucía más desgastado y he llamado a Dorian para que esté pendiente en caso de que necesite atención médica o una camilla para llevar el cuerpo.

—De noche caen los ángeles. Si ves a uno herido, ayúdalo.

Otro delirio y aún no era medio día. *Damián, hacerte el loco no alejará a la muerte, pensé. ¿Por qué no te permites partir en paz y te perdonas?*

—¿Señor?

—Fausto... siempre has sido paciente con mis ocurrencias y con los años te has convertido en mi amigo más querido. Por lo que sin pena te haré esta, mi última petición.

Al verlo tan sereno y a la vez tan triste, lo comprendí. Permanecí en silencio, atento y al caer la noche, como él me lo indicó, dormí junto a la entrada con la ventana abierta. No le encontraba mucho sentido. Vivimos entre muros de árboles, refugiados en la nada. Aun así, Damián y sus delirios acertaron.

La joven se arrastró entre el lodo y la lluvia. La fuerza de su alma la llevó hasta el jardín de la entrada y la suerte... la suerte simplemente decidió quedarse con ella. Llegó herida y perdida, pero llegó. Era una extraña y, aún así, Damián decidió dar los últimos pasos que le quedaban para verla. Sonrió y comprendió que en esa casa vieja de roble sólo había espacio para dos personas.

La partida de Damián fue breve, dejó todas las instrucciones escritas:

1.- Al morir, no quiero un funeral ni que me entierren. Quiero que me conviertan en ceniza junto con todos los escritos que nunca compartí.

2.- La casa y todas las propiedades que la rodean pasarán a ser del último huésped que me visite.

3.- A mi gran amigo Fausto, quien todos estos años me ha acompañado, finalmente le doy permiso de marcharse.

Las primeras dos instrucciones fueron debidamente ejecutadas. Cuando la joven despertó, aún exhausta, le hice saber que la habitación, la casa y todo lo que la rodeaba ahora eran de su propiedad. No comprendía lo que pasaba. Le dije que de momento no era importante, que por ahora se concentrara en descansar y sanar. Más tarde le explicaría todo con calma.

La encontré tambaleándose en la escalera, aferrada del barandal. Sus ojos tenían miedo y, al verme, su cuerpo frágil intentó correr. Dejé caer al suelo la sopa que le llevaba y me aproximé con cautela.

—Tranquila, señorita. Mi intención no es herirla —no me quitaba la mirada de encima, estaba al pendiente de cada uno de mis movimientos—. Todavía está muy débil y le prometo que, de verdad, no voy a lastimarla.

—Adria —se presentó con una sonrisa.

—Fausto.

Le ayudé a caminar hasta el sillón de la estancia y le dije que, si me lo permitía, le prepararía un té para explicarle todo. Esta vez permaneció sentada y más tranquila.

—Sé que le puede parecer extraño o que se trata de alguna clase de trampa. Pero lo que le dije es cierto, Adria. Esta casa y todas las propiedades que la rodean ahora son de usted... Bueno, si está dispuesta a firmar el documento.

Comenzó a reírse, algo incómoda por el dolor de sus heridas.

—No me quiera tomar el pelo, señor Fausto. Le agradezco su hospitalidad y la ayuda, pero lo que dice no tiene ningún sentido.

Coloqué la taza sobre el trozo de parota que Damián decidió convertir en mesa de centro, junto a la carpeta verde que llevaba esperando ser abierta desde la mañana.

—Estoy de acuerdo con usted: esto carece de todo sentido, pero así lo dispuso Damián.

—¿Damián?

—El antiguo propietario. Mire.

Le mostré el documento donde especificaba a manos de quién iban a pasar todas sus pertenencias. Dejó de lado la taza y leyó incrédula, en voz baja.

—Esto es muy extraño.

—Damián era un hombre de mente complicada. Muchos lo tachaban de loco; personalmente, siempre encontré en sus delirios el sentido que le falta al mundo.

—Usted le conocía bien, ¿verdad? —sentí su empatía.

—Cuarenta años, y nunca logré comprender del todo cómo lo hacía.

—¿Hacer qué? ¿Tiene mucho que falleció? —dejó el documento sobre la carpeta abierta y le dio un sorbo al té verde.

—Ayer por la noche, después de recibirla —postré mis manos sobre el gris y rígido lino del sillón—. Era casi como si supiera que usted iba llegar.

Volvió a sonreír, ahora algo asustada, aunque curiosa por mi observación.

—Ese día, por la mañana, Damián me pidió que ayudara a un ángel que iba a caer de noche.

—¿Y usted cree que ese ángel soy yo? —me preguntó con una risa, algo apenada.

—Yo sólo le doy las respuestas que dejó Damian a sus preguntas, Adria. ¿Quiere miel para su té?

—Sí...

Se quedó pensativa y en silencio. Era evidente que su cabeza no dejaba de hacer ruido. Me quedé paciente, esperando que dejara de jugar con el rodillo de miel y, después de relajar su garganta con el líquido caliente, volvió a aterrizar sus ideas.

—Este hombre, Damián, ¿era alguna especie de adivino?

—No, para nada —me reí—. Aunque él decía que las coincidencias nacen a partir de una creación.

—Sí. Suena como un loco... Uno muy brillante.

Ambos reímos. Yo, sin creer que aun estando moribundo Damián me había dejado a cargo de otra de sus locuras: contra todo razonamiento y lógica, me encontraba hablando con una agradable joven, tal y como él lo había predicho.

—Bueno, Adria, ¿entonces?

—¿Entonces qué, señor Fausto? —volvió a reír.

—¿Aceptaré el regalo de Damián?

Me miraba indecisa...

—¡De verdad no hay ninguna trampa! Puede leer el documento todas la veces que quiera. Esto sólo es la última voluntad de un loco.

—No lo sé... —observó a su alrededor—. ¡Esto es demasiado!

Me incliné hacia ella, por alguna razón deseaba convencerla de aceptar.

—No se sienta comprometida a quedarse, puede hacer lo que le plazca con los bienes. Son diez mil hectáreas de bosque y cuenta con la productora de nogal más grande del país. Podría venderlas y nunca preocuparse por temas de dinero.

—¿Y quién le dijo que el dinero es un tema problemático para mí?

Retrocedí. Era cierto, realmente no sabía nada de su vida como para hacer ese tipo de insinuaciones.

—Lo que quiero decir, Adria, es que no va perjudicarle en nada aceptar sus bienes.

Se terminó de golpe lo que le quedaba del té, sus dedos se movían con ansiedad

—Me gustaría entonces recorrer la casa... sola, si me lo permite, señor Fausto.

La felicidad se apoderó de mí.

—¡Claro! Puede recorrer sus pasillos, habitaciones y jardines, todo lo que guste.

Sonrió con cautela.

—Gracias.

—Pero antes, ¿no le gustaría tomar un baño? Para que relaje sus ideas. Sigue llena de lodo y le hará bien a su cuerpo. Le dejé ropa limpia sobre la cómoda de su habitación.

—Sí la vi, muchas gracias, me parece una buena idea.

A paso lento y sin aceptar mi ayuda, la joven subió las escaleras. Después de asearse se le veía mejor, caminaba con menos dificultad y minuciosamente recorrió toda la casa. Me la llegué a topar varias veces en los pasillos y de vez en cuando entraba y salía de la misma habitación, como si estuviera en busca de una sorpresa.

Mientras desempolvaba en el estudio la colección de puros de Damián, se me acercó.

—Señor Fausto...

—¿Sí...?

—¡Terminé de recorrer toda la casa! —dijo muy contenta.

—¿Y...?

—Ahora quiero recorrerla con usted.

—¿Conmigo? —su petición me pareció extraña.

—Sí. Se ve que este lugar tiene mucha historia y, si voy a ser su dueña, me gustaría conocer un poco las curiosidades que encierran estas paredes.

Adria poseía un alma dulce y su mirada cautivaba. No sólo por ser una mujer hermosa, el cristal oscuro de sus ojos te traía paz, la clase de paz que me habría gustado que Damián se llevara al morir.

—No tengo ningún inconveniente, Adria, pero... no soy muy buen narrador, así que tendrá que hacerme usted las preguntas.

Jaló alegre de mi brazo y todo rastro de dolor parecía haber desaparecido de su cuerpo.

—¡Tenemos un trato!

Me llevó al ventanal junto a la escalera y observó tranquila el jardín principal, mientras la hora naranja del sol coloreaba la hiedra de Eva que abrigaba los infinitos troncos de nogal. Veía a las amapolas convivir en paz con las azaleas y esos caminos de piedra, monumentos del olvido, bordeados por el salvaje y libre pasto penisetto.

—Hábleme de los cuadros —me lo pidió sin dejar de ver el jardín—. Hay lienzos en blanco repartidos por toda la casa ¿Por qué?

No pude evitar sonreír.

—Lo mismo quisiera saber, Adria. Llevan años ahí colgados y, la única vez que me animé a preguntarle a Damián, él me respondió en su común tono burlón y sabelotodo:

—*Fausto, ¿acaso no ves las obras que van a ser pintadas en esos lienzos? Son tan asombrosas que lo menos que podemos hacer es observarlas en la ausencia.*

La joven soltó una pequeña risa de complicidad, como si el relato y ella tuvieran alguna especie de conexión, muy evidente y a la vez invisible para mí.

—Damián era todo un personaje, ¿verdad?

—De los que ya no se inventan... pienso que dijo eso para ocultar su dolor.

—¿Su dolor? —finalmente apartó la vista del jardín y palpó con los dedos la tela sin color.

—Su esposa, Blanca, era una talentosa pintora. Una gran mujer de sonrisa tierna, que calmaba la ira del mundo con los vibrantes colores de sus obras. Un día, la muerte entró sin permiso y se la llevó en silencio.

—¿Y qué pasó después? —me preguntó afligida, tal vez consiente del vacío en las paredes de la casa.

—Pasó lo que pasó. Damián continuó siendo Damián. Más loco e irracional, claro... Dejó de publicar sus escritos y nunca más salió de la propiedad.

—Es una historia muy triste —sus palabras fueron acompañadas de un lamento sincero, al igual que mi respuesta callada—. Ahora entiendo porqué estaba tan loco: los cuadros, sus delirios, la escopeta partida a la mitad colgada frente a su escritorio...

De todas las cosas que notó en esta casa, nunca me imaginé que su atención captaría el más doloroso recuerdo de Damián. El único hecho en su vida que no le permitió partir en paz. Tanta era su culpa que decidió poner ese suceso frente a él para que lo acompañara en todas sus tardes de escritura.

—Bueno, Adria, ¿entonces?

Soltó un largo suspiro, de los suspiros que suelta una mujer que ha sido convencida de hacer algo que de todos modos quería hacer.

—Está bien, señor Fausto: firmaré el documento.

Se dio una sonrisa mutua. Firmó en tinta azul y, al estrecharle la mano, no pude frenar mi culpa.

—Adria, se lo tengo que decir...

Sus ojos se exaltaron y de inmediato apartó su mano.

—¿Qué?!

—Tranquila, no es algo que vaya perjudicar ni su presente ni su futuro.

—¿Entonces por qué lo menciona y por qué lo hace después de haberme hecho firmar?

Bajé la mirada, realmente no había excusa en la cual ocultarme.

—No quería revivir esa historia, Adria, pero al ver que usted se percató de la tristeza que había consumido el estudio de Damián, me sentí comprometido.

—Es su esposa, ¿verdad?. La asesinaron, tuvo una muerte trágica. Hay mucho dolor en aquel sitio.

Mis ojos se quebraron antes de comenzar a hablar.

—No. Blanca murió una mañana en el jardín junto a las amapolas. Todos los días iba a visitarlas, se enamoró de ellas después que el jardinero le dijera que eran una plaga. Lo despidieron y prohibieron al personal de aquel entonces hacerle cualquier arreglo a ese jardín. Era una mujer creyente de la libertad, una artista hecha y derecha. Esa mañana sólo cerró los ojos y ya no se levantó de la silla.

—No lo entiendo, señor Fausto. Si no fue Blanca su más grande dolor, ¿qué fue?

Le pedí que me acompañara y la llevé a una habitación a la que no había entrado en siete años. Salvo por el polvo y las telarañas, permanecía intacta. Abrí uno de los cajones junto a la cama y ahí seguía su fotografía.

—Noa, su hijo.

Le entregué el retrato y ella se quedó observándolo.

—¿Él fue quien falleció?

—No... —me senté en la cama. El cuerpo me temblaba por completo y sentía cómo la sangre se me congelaba tan sólo de pensar en revivir aquella tragedia—. Irina, su novia.

—¿Qué fue lo que le pasó?

Di un largo suspiro y después respiré profundamente, esperando llenarme de aliento para hablar.

—Damián jamás fue un mal hombre. Crió a Noa con mucho amor y todo lo que hacía, lo hacía pensando en su hijo. Hizo de esta casa un laberinto y la lleno de excentricidades para estimular la imaginación del joven. No fueron malos años los que se vivieron después de la muerte de Blanca, al menos no al principio.

—A la edad de diecisiete, Noa conoció a Irina. Era preciosa y llena de luz. Los dos se paseaban como cómplices por los jardines y todos los alrededores de la casa. A Damián le encantaba verlos desde el ventanal de la escalera. Nada le traía mas alegría que ver a su hijo feliz y Noa... Noa se perdió completamente en Irina. Para él no había diferencia entre el amor y la locura cuando se trataba de ella. A pesar de ser tan joven, había aprendido a quererla de la manera más pura y menos egoísta que existía. A los de tres años de relación estaba listo para pedirle matrimonio. Pero, como le dije, Damián se volvió más irracional después de que su esposa falleció. Había desarrollado una afición por las armas a raíz del miedo que le causaba no

controlarla a la muerte. Tenía centenares de pistolas, escopetas y rifles. Solía dejarlas sin cuidado y repartidas por toda la casa.

—El día que Noa había planeado darle el anillo a Irina, la llevó al enorme sauce que está a unos metros de la entrada. Damián no quiso perderse el momento más feliz de la vida de su hijo y desde la puerta los observaba. Al ver a Irina decirle a Noa que sí, brincó de alegría. Tan fuerte que, al tocar sus pies el suelo, lo hicieron temblar y la escopeta recargada en la pared cayó de frente y sin seguro.

La bala atravesó el pecho de Irina y dos almas murieron esa tarde.

Noa no quiso verlo, no quiso hablar ni escucharlo. En ese mismo instante se marchó y nunca regresó a casa. Damián no se perdonó el daño tan grande que le causó a su hijo y, a partir de ese momento, su salud se fue deteriorando.

Adria no hizo ningún gesto después de escuchar la historia. No había expresión en su rostro, sólo el rastro de lágrimas secas.

—¿Y nunca más supieron de él?

Esperé un poco antes de contestarle esa pregunta, necesitaba respirar otra vez.

—Damián tenía muchas relaciones, no tardó en localizar a su hijo. Noa era un joven brillante para su edad, consiguió un buen empleo de publicista y, a los pocos años, abrió su propia agencia. Su padre le escribía todos los días, él jamás le respondió.

—No lo puedo creer, señor Fausto —se llevó las manos a la boca—. Cómo un lugar tan bonito encierra una historia tan triste.

Me inyectó un poco de alegría aquella observación.

—Damián quiso mantener la casa en buen estado, por si algún día regresaba su hijo.

Adria no dijo nada más, salimos de la habitación y yo tomé la maleta que había preparado desde la noche anterior. Comprendí que en esa casa vieja de roble sólo había espacio para dos personas y, con una sonrisa en el rostro, le hice saber que ahora que Damián había muerto, yo también debía partir.

Resultó que Adria era una reconocida pintora. Llegó ahí por accidente después de que alguien le susurrara que en aquella zona crecían dos extraños frutos de los cuales salía un tono único de morado y amarillo. A su espíritu libre le importó poco atravesar la cerca de propiedad privada, su imprudencia y poca experiencia en el campo la llevaron a perderse entre los árboles. Fue toda una coincidencia que cayera al río, que no se ahogara y que tampoco se rompiera algún hueso. Fue toda una coincidencia que la muerte pasara y no la viera.

A los pocos días de mi partida, irrumpió en la propiedad un joven de mirada gris y bien vestido. Al parecer, le había escrito Dorian, el doctor de la familia, para informarle que su padre había muerto. Noa recorrió los pasillos ajenos del lugar donde creció y se quedó sorprendido al ver que los lienzos por fin tenían color. Caminó hasta el ventanal de la escalera y ahí se quedó, contemplándola, a la pintora de coincidencias y cielos morados; estaba descalza y concentrada en el lienzo que poco a poco llenaba de nubes amarillas. Él nunca pensó en regresar a ese sitio. Al llegar, se había jurado que no iba cruzar la puerta, y al ver a Adria en el jardín, jamás volvió abandonar el lugar.

La casa se llenó de cuadros pintados y Fausto, el personaje ficticio de los cuentos de Damián, por fin pudo descansar en paz.

LA FLOR DE TROPANTO



Y... ¿por dónde empiezo? Fue mi padre quien me envió a ese sitio. No lo conocí, pero al menos eso decía la carta que me dejó:

«Camina al norte, hijo. Camina hasta que no sientas los zapatos, camina hasta que te des cuenta de que es más fácil subir que bajar.»

No era una carta muy cuerda, pero... era todo lo que me quedaba de él. Mi abuela no decía mucho, sólo que fue brillante y que murió joven. Falleció en un accidente de avioneta junto con mi madre y, por alguna razón, después veintitrés años, un día el cartero tocó la puerta, me entregó esa carta y salí muy temprano con su gabardina, una mochila, agua y mi brújula en mano.

En la familia existía una obsesión con la leyenda de Tropanto. Era acerca de una flor, no sabía bien por qué la buscaban ni para qué servía, pero presentía que ahí era a donde mi padre me guiaba.

Caminé, caminé y caminé hasta que se acabó la tierra y sólo quedó agua frente a mis ojos. Ahí me di cuenta que la carta empezaba a encontrar la cordura que yo estaba perdiendo y me arrojé al mar cuidando que la corriente sólo me llevara por el norte. Desperté a la orilla de una costa y sin zapatos, no faltaba mucho para que el sol se ocultara. Me adentré por un sendero y vi cómo las palmas se convertían en pinos a medida que escalaba la montaña.

Vaya jovencita con la que me topé aquella noche en la cima del cerro. Llovía, ella permanecía en el suelo, llena de lodo y con el sombrero verde escurriéndole. Le ofrecí mi mano, se sujetó de la rama de un tronco y se levantó firme. Sentí que me hacía a un lado con su mirada, no me moví. Encontré ternura oculta en el hielo de sus ojos enojados.

—¿Señorita?

Le pregunté su nombre.

—Malfair

—¿Malfair? No suena como un nombre.

Se «limpió» la tierra mojada del vestido y se abrió camino.

—No le digo mi nombre a desconocidos.

—No soy un desconocido, Ana.

Le dije después de recoger su pañuelo bordado. Lo tomó con mucha desconfianza y la guardia arriba. Me observó meticulosamente unos segundos.

—¿Por qué no llevas zapatos? —preguntó.

—Los perdí.

—¿Qué vienes a hacer aquí?

—Busco una flor.

Sonrió incrédula.

—¿Sabes dónde estás?

—En el norte.

—Eres como un niño.

Me jaló del brazo y, a los pocos minutos, llegamos a una casa grande en medio del campo. La lluvia azotaba con fuerza la sólida construcción de cedro rojo.

—¡Ana, me tenías preocupada!—le reclamó una mujer mayor mientras llenaba un recipiente de agua y lo ponía a hervir.

—Hola, Eva. Estaba buscando echináceas para tu resfriado. Pero no encontré más que un niño sin zapatos.

—Ay, Ana, desde niña tan ocurren...

La mujer dejó caer el agua hirviendo y gritó asustada cuando me vio. Ana fue enseguida a ayudarla.

—Abue, ¿estás bien? ¿No te quemaste?

—Sí estoy bien, Anita. Ayúdame a levantarme.

Se puso de pie con cuidado.

—No me asustes así, Eva. Parece como si hubieses visto un fantasma.

—¿Roy?

La anciana se acercó a mí con cautela y acomodándose los lentes.

—Eh... no.

—Estás igualito a él. ¿Seguro que no eres él? —entrecerraba los ojos.

—Eva, me estás asustando... —dijo Ana.

—¡Pon a hervir más agua, niña! Hay que atender a nuestro invitado. Siéntate, joven...

—Leo. Gracias.

Sentí extraña, aunque franca, su hospitalidad. Esperé en la mesa. Ella y Ana sacaron hojas secas de un frasco, un Gaiwan, tres tazas y prepararon té. Eva llenó de agua caliente mi taza y la vació antes de servirla.

—¿Por qué hizo eso? —pregunté curioso.

—En un gesto de calidez —me sonrió y esperó a que fuera el primero en probar el té.

—¿Qué es?

—Es una mezcla especial —contestó Ana—. Lleva tres tipos de té: negro, naranja, lavanda, vainilla y bergamota.

—Esta dulce —comenté.

Eva dejó la taza de lado y entrelazó sus dedos tensos.

—Tú no conociste a tu padre, ¿verdad, Leo?

Mi último sorbo pasó amargo.

—No —le contesté.

—Ana, ¿recuerdas el baúl que está en la recámara del sótano?

Ana miró extrañada a la mujer.

—Sí...

—En mi tocador está la llave, ¿se la puedes dar a nuestro invitado? Ahí va a encontrar ropa seca y, de paso, cámbiate tú también. No quiero que te enfermes, niña.

Eva no dejaba de mirarme. Ana se retiró de la mesa. Me ponía incómodo ver el reflejo de mi rostro en el cristal de sus lentes y, cada que podía, perdía la vista en algún tallón que encontraba en la madera. Siempre me han causado curiosidad las marcas del tiempo. Aquella junto a la esquina parecía hecha por la punta de un cuchillo. ¿Se la habría hecho Eva picando tomates? ¿O Ana mientras aprendía a cocinar? ¿Sabría cocinar Ana? Me gustaban sus pecas, hacían lucir tierna su mirada enojada.

—De verdad eres idéntico a él —Eva sonrió.

—¿Perdón?

—Igual de distraído, incluso —soltó una pequeña carcajada.

Le acerqué mi taza y me sirvió más té.

—A... ¿Roy? —le pregunté.

—Sí —respondió fascinada.

—¿Y quién era él?

Dio un gran suspiro y vi cómo sus ojos se quebraban en el tiempo para regresar a aquel instante.

—Roy... fue un viajero que tocó a mi puerta hace 25 años.

La escuchaba con atención.

—Estaba obsesionado con una flor.

—¡La flor de Tropanto!

—Sí... —rascó sus canas—. Me parece que ese fue el nombre que me dijo —bostezó.

—¿Sigues con ese cuento, niño sin zapatos? —comentó Ana, que nos escuchaba desde el pasillo. Traía puesto un satén negro y unas pantuflas moradas. Se acercó a mí y me entregó una llave de hierro antigua pero sin óxido, tallones, ni desgaste. No había sido tocada por el tiempo—. Qué remedio... Mañana te ayudaré a buscar la famosa flor.

—¡Es una grandiosa idea, Ana! —Eva me dio una cálida palmada en el hombro y volvió a bostezar—. Ella conoce toda la región de Hiracibel, se la pasa recolectando flores para hacer sus cosas de bruja.

—Es herbolaria, Eva... ya vamos a dormir todos.

—¿No estamos en el norte? —pregunté, las dos me tiraron a loco.

Ana me miró con intensidad.

—Puedes dormir en la recámara del sótano. Mañana a primera hora toco a tu puerta. ¿Está claro?

—Sí —respondí, procurando no hacer evidente mis ojos de idiota.

Nos dimos las buenas noches, agradecí su hospitalidad y cada uno se fue a su habitación.

Por la mañana, Ana tocó a mi puerta, pero yo me había levantado varias horas antes. Estaba en la mesa desayunando con Eva. Ella no se sentó, sólo tomó una rebanada de pan, bebió jugo a prisa y me miró brevemente mientras salía de la casa.

—Ana no es de la chicas que esperan, Leo. Te sugiero que te apresures o le perderás el paso.

Me dio unas galletas, las guardé en la mochila y efectivamente, cuando salí, apenas se percibía la figura de Ana a punto de llegar al pico de la montaña vecina. Corrí sin pausa hasta que la alcancé. La encontré sentada en una de las dos puntas del precipicio roto, me senté en la orilla vacía. Ella miraba a la nada, yo la miraba a ella y pensé: *Con sólo un beso haríamos que estas dos piedras que han estado separadas por tanto tiempo vuelvan a reunirse.*

—Fue una subida difícil —comenté.

—Es más difícil bajar —me miró por primera vez sin enojo. No me había equivocado: Ana tenía ojos tiernos—. A ver, Leo... ¿a qué familia pertenece tu flor?

Ahora yo miré a la nada.

—Mmm... con que Leo. Ya vamos progresando — regresé mi vista a Ana.

—Bueno... es que ya llevas zapatos —comentó burlonamente.

—Es una suerte que todo lo de ese baúl me quedara.

—¿No te da curiosidad por qué?

—Sí y ya tengo mis conclusiones, Ana.

—¿Cuáles son?

—Te las diré cuando encontremos la flor.

Sacudió las botas y miró al vacío.

—¿Entonces?

—¿...?

—¿A qué familia pertenece tu flor, Leo?!

Reí.

—No lo sé.

—¿Tiene espinas?

Levanté los hombros para comunicarle mi ignorancia.

—¿Color?

Los alcé aún más alto. Ana se levantó desesperada y me dio la espalda.

—Todo lo que sé es que mi familia estaba obsesionada con ella, sobre todo mi padre —sujeté su mano para detenerla.

Se soltó sin prisa y sentí el roce de nuestras yemas.

—Por eso nunca la encontró...

—Sí lo hizo.

Me miró sorprendida.

—Entonces... ¿por qué no sabes nada de esta flor?

—Ya te dije que no lo conocí y mi abuela no es como la tuya. Ella no habla y... mucho menos cuando se trata de mi padre —me senté en el pasto y Ana también—. Vive molesta porque él siempre estaba de viaje y pensó que después de encontrarla se volvería más estable. Pero...

—¿Pero...?

Le sonreí a su insistencia de querer conocerme.

—Pero no fue así. De lo poco que me contó, es que mi padre la encontró dos años antes de que yo naciera y se volvió aun más loco, hasta que ella lo hizo entrar en razón. Él le prometió que sólo haría un último viaje con mi madre y cumplió su promesa.

Ana sujetó con fuerza las hierbas y las arrancó de la tierra.

—Eva no es mi abuela y no conocí a mis padres.

Escucharla era como hablar conmigo. No con alguien parecido, en verdad sentía que hablaba conmigo mismo. Era una sensación extraña pero cálida. El hielo en los ojos de Ana no era frío.

—¿Cómo fue que terminaron juntas? —le pregunté.

Ella me miró y se acostó sobre el pasto, hice lo mismo. No me había percatado del cielo de esa región, era de los cielos más hermosos que he visto. La nubes tomaron la luz del sol y encontraron la manera de teñirla de rojo, morado y amarillo ocre.

—Según ella... yo nací de la semilla de un árbol.

—¿De un árbol? —me reí.

—Sí, el árbol de Ilinato.

Se sentó, bebió agua y me ofreció. Yo continué acostando, mirando el cielo.

—Bueno, Leo, según dice la leyenda, es un árbol de raíz corta que camina y aquel sitio en el que decida dejar su semilla quedara bendecido y toooooodo aquel que se acerque, encontrara su propósito y vivirá en paz.

—Entonces eres mi amuleto de la suerte, Ana.

Soltó un pequeña risa.

—Yo no soy de nadie, Leo. Soy un alma libre.

Me senté, tomé sus manos y la miré fijamente.

—Tienes que pertenecer a algún sitio, Ana.

—Ni de aquí ni de allá —me contestó sin dejar de ver mis ojos ni soltar mis manos.

—Hay que continuar —le dije y me puse de pie.

Le ofrecí mi mano para ayudarla, como la primera vez que la vi, y me sorprendió aceptándola. Caminamos por muchas horas y me enseñó algunas cosas sobre herbolaria: cuáles plantas eran buenas para curar y cuáles eran buenas para lastimar. A medida que aprendía, iba comprendiendo como era realmente la preciada flor que mi padre tanto buscó y encontró. Cuando se nos acabaron las galletas, nuestra única comida... Ana intentó enseñarme a pelar una tuna y se espinó la lengua.

Llegamos por la noche a la casa. Eva ya estaba dormida y respondiendo a mi pregunta: sí, Ana sabía cocinar y lo hacía muy bien.

Desperté antes que Ana otra vez. Eva ya me estaba esperando con la mesa puesta.

—¿Te vas a marchar, Leo?

Me senté.

—Tú sabes lo que había en ese baúl, Eva.

Sonrió con tranquilidad.

—Vas a volver...

No se lo negué ni tampoco lo confirmé. Sólo me limité a terminar el desayuno y esperar a que Ana despertara.

—¿Y esa gabardina? —me preguntó al verme en la cocina.

—Estaba en el baúl. Presiento que hoy hará frío, tal vez llueva —le contesté.

—Mmm —se llevó el dedo a la boca—. Entonces voy por mi sombrero y nos vamos.

Salimos de la casa y, aunque el día era soleado, la luz carecía de dorado y calidez.

—Hay una montaña —comentó Ana mientras nos adentrábamos a un sendero estrecho—. No voy mucho ahí porque las piedras son resbalosas y sólo se puede llegar escalando, pero esa es la zona que tiene la mayor concentración de flores —se acomodó el cabello detrás de la oreja y me miró con sus ojos tiernos—. ¿Qué tan bueno eres escalando?

Sonreí.

—Vamos.

Fue la primera vez que escalé una montaña. Lo hice sin protección y lo único que me interesaba era cuidar de Ana. De alguna manera, sentí que a ella también le interesaba cuidar de mí.

Al llegar a la cima, no había suficiente horizonte para ver los colores de todas flores y aun así, sólo me quedé observando una. Me acerqué con cautela, creyendo que tenía su guardia baja, pero me paró en seco a escasos centímetros de su boca.

—Leo, todo lo importante en esta vida, se gana...

Me empujó y caí tan ligero que no sentí el suelo. Ese día anocheció pronto y la lluvia fue la firma del acuerdo al que mi alma y la de Ana habían llegado. La cubrí con mi gabardina para que no sintiera frío y, como acordamos, a cambio de entregarle mi aliento, ella, me dio un beso. Sólo uno y muy pequeño, aclaro.

—Vas a volver.

—Sí.

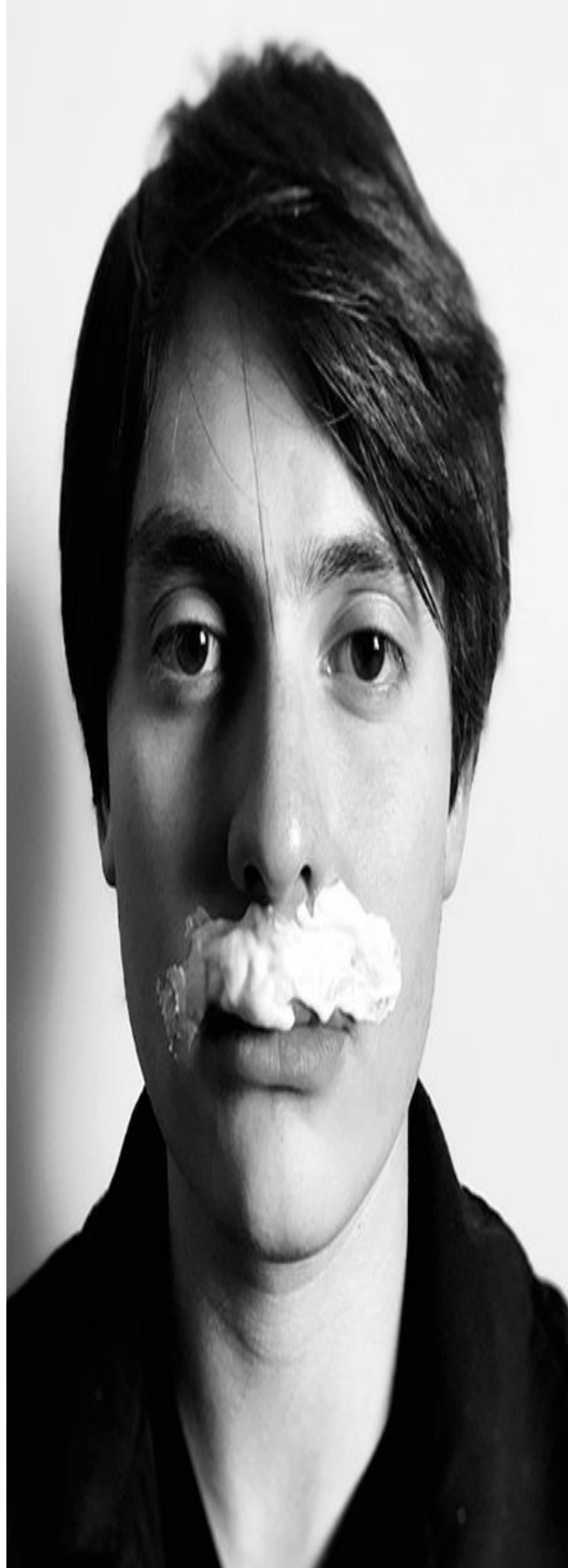
Tomé su sombrero y me marché.

Pasaron muchas cosas durante los siguientes cinco años, tres meses y dieciséis días para que pudiera estar parado en lo que antes había sido Hiracibel y ahora es el pueblo de Ilinato.

Cuidé de ese sombrero verde de la misma manera en la que cuidaré de ti y, finalmente, estando de frente, voy a decirte: No te olvidé, estabas aquí. No hizo falta usar mis ojos para verte, ni mis oídos para escucharte. Bastó quedarme en silencio para regresar a aquella noche en la que tu mirada...

Quebró el tiempo.

LEONARDO URRAZA
(DURANGO, 1996)



Mejor conocido como Leonardo Grinn, es un pintor, escritor e inventor mexicano con una visión muy particular de la vida. En esta colección nos presenta una serie de relatos de fantasía surrealista en los que aborda temas profundos sobre el amor en todas sus facetas.

Su obra primeriza promete ser uno de los grandes referentes para la literatura mexicana contemporánea.

email: escritos@leonardogrinn.com

Instagram: [@leonardogrinn](https://www.instagram.com/leonardogrinn)